

SARAH J. MAAS



UNA CORTE DE
LLAMAS
PLATEADAS

SARAH J. MAAS

UNA CORTE DE LLAMAS PLATEADAS

TRADUCCIÓN: JULIO SIERRA

PRIMERA PARTE

Novata

CAPÍTULO 1

Cassian levantó el puño hacia la puerta verde en el pasillo oscuro... pero vaciló.

Había derribado a más enemigos de los que le importaba contar, la sangre le había llegado hasta las rodillas en innumerables campos de batalla y no había dejado de luchar, había tomado decisiones que le costaron la vida de expertos guerreros, había sido general, soldado raso y asesino, pero de todos modos... ahí estaba, bajando el puño.

Vacilando.

El edificio en la ribera norte del río Sidra necesitaba pintura. Y pisos nuevos, como sugerían las tablas que crujían debajo de sus botas mientras subía los dos tramos de la escalera. Pero al menos estaba limpio. Era decididamente sombrío para los estándares de Velaris, pero como la ciudad no tenía barrios marginales, eso no quería decir mucho. Había visto y se había hospedado en lugares mucho peores.

Lo cierto era que nunca entendió por qué Nesta insistía en vivir ahí. Entendía por qué ella no quería vivir en la Casa del Viento... estaba demasiado lejos de la ciudad y ella no podía volar ni transportarse. Lo cual significaba tener que subir o bajar los diez mil escalones. Pero ¿por qué vivir en ese antro, cuando la casa de la ciudad estaba vacía? Desde que se había terminado de construir la amplia residencia de Feyre y Rhys sobre el río, la casa de la ciudad había quedado abierta para cualquier amigo que la necesitara o la quisiera. Sabía con certeza

que Feyre le había ofrecido a Nesta una habitación allí, pero ella la había rechazado.

Miró con desagrado la pintura descascarada de la puerta. No se escuchaba ruido alguno a través del considerable espacio que había entre la puerta y el suelo, suficiente como para que hasta la más gorda de las ratas pudiera pasar. No había olores nuevos en el estrecho corredor.

Tal vez tenía suerte y ella había salido; o quizás estaba dormida debajo del mostrador de alguna de las sórdidas tabernas que había visitado la noche anterior. Aunque esto sería peor, ya que tendría que ir a buscarla.

Cassian levantó el puño de nuevo, y el color rojo de su Sifón brilló bajo las antiguas luces fae del techo.

«Cobarde. Vamos, un poco de coraje», se dijo.

Cassian llamó a la puerta una vez. Dos veces.

Silencio.

Cassian casi suspiró en voz alta, aliviado. Gracias a la maldita Madre...

Pasos precisos y rítmicos sonaron en el otro lado de la puerta. Cada uno con más enojo que el anterior.

Él recogió sus alas y las apretó contra el cuerpo; acomodó los hombros a la vez que separó los pies para afirmarse. Una postura tradicional de lucha, inculcada en él durante sus años de entrenamiento, y que ya era solo memoria muscular. No se atrevió a considerar por qué el sonido de esos pasos hacía que su cuerpo adoptara automáticamente esa posición.

Cuando ella abrió, el chasquido de cada uno de sus cuatro cerrojos bien podría haber sido el batir de un tambor de guerra. Cassian repasó la lista de cosas que iba a decir, tal como Feyre le sugirió que las dijera.

La puerta se abrió de un tirón; la perilla giró con tanta fuerza que Cassian se preguntó si ella no estaría imaginándose que se trataba del cuello de él.

Nesta Archeron ya tenía el ceño fruncido. Pero ahí estaba. Su aspecto era terrible.

—¿Qué quieres? —Apenas abrió la puerta poco más que el ancho de una mano.

¿Cuándo la había visto por última vez? ¿En la fiesta del fin del verano en aquella barcaza en el río Sidra el mes anterior? No se veía tan mal como ahora. Aunque supuso que después de una noche de tratar de ahogarse en vino y licor, nadie tenía un aspecto particularmente bueno a la mañana siguiente. Especialmente a las...

—Son las siete de la mañana —continuó ella, recorriéndolo de arriba abajo con aquella mirada gris azulada que siempre lo ponía de mal humor.

Llevaba una camisa de macho. Peor aún, *solo* tenía puesta una camisa de macho.

Cassian apoyó una mano en el marco de la puerta y le dirigió una media sonrisa que, él sabía, hacía que ella sacara las garras.

—¿Una noche difícil?

Un año difícil, de verdad. El hermoso rostro de Nesta estaba pálido, mucho más delgado que antes de la guerra con Hybern, sus labios descoloridos, y aquellos ojos... fríos y penetrantes, como una mañana de invierno en la montaña.

Sin alegría, sin risa, en ningún ángulo del rostro. De toda ella.

Hizo el gesto de querer cerrar la puerta sobre la mano de él. Cassian metió una bota entre la puerta y el marco antes de que ella pudiera romperle los dedos. Las fosas nasales de Nesta se abrieron levemente.

—Feyre te quiere en la casa.

—¿Cuál de ellas? —preguntó Nesta, mirando con el entrecejo fruncido el pie que él había encajado en la puerta—. Tiene cinco.

Cassian se contuvo y no respondió. Aquello no era el campo de batalla... y ella no era su oponente. Su tarea consistía en llevarla hasta el lugar asignado. Y luego, rezar para que la hermosa casa a la que Feyre y Rhys acababan de mudarse no quedara reducida a escombros.

—La nueva.

—¿Por qué mi hermana no viene a buscarme ella misma? —Él conocía ese brillo suspicaz en sus ojos, la ligera rigidez de su espalda. Sus propios instintos emergían para enfrentarse al desafío que le presentaba ella, para empujar y empujar y descubrir qué podría suceder.

Desde el Solsticio de Invierno, solo habían intercambiado un puñado de palabras, casi todas ellas en la fiesta a bordo de la barcaza el mes anterior. Y habían consistido en:

—*Apártate.*

—*Hola, Nes.*

—*Apártate.*

—*Encantado.*

Después de meses y meses de nada, de apenas haberla visto alguna vez, eso había sido todo.

Ni siquiera supo por qué ella había ido a la fiesta, sobre todo teniendo en cuenta que Nesta no ignoraba que iba a tener que aguantarlos durante horas a bordo del barco. Probablemente Amren merecía el crédito de esa rara aparición, por la mínima influencia que la hembra aún ejercía sobre Nesta. Pero al final de aquella noche, Nesta fue la primera de la fila para bajar del bote, con los brazos firmemente cruzados, y Amren se quedó taciturna en el otro extremo, casi temblando de rabia y disgusto.

Nadie había preguntado qué había pasado entre ellas, ni siquiera Feyre. El barco atracó y Nesta prácticamente salió corriendo, y nadie había hablado con ella desde entonces. Hasta este día. Hasta esta conversación, que parecía ser la más larga que habían tenido desde las batallas contra Hybern.

Por fin, Cassian habló:

—Feyre es la alta lady. Está ocupada dirigiendo la Corte Noche.

Nesta movió la cabeza, y el cabello marrón dorado se le deslizó sobre un hombro huesudo. En cualquier otra persona, ese movimiento habría sido contemplativo. En ella, era la advertencia de un depredador que evaluaba a la presa.

—Y mi hermana —dijo ella, con esa voz inexpresiva que se negaba a conceder la más mínima señal de emoción— ¿consideró necesaria mi *inmediata presencia*?

—Ella sabía que probablemente necesitarías prepararte y quiso darte un tiempo. Te espera a las nueve.

Mientras ella caía en la cuenta, él esperó la explosión. Sus ojos se encendieron como fuego.

—¿Luzco como alguien que va a necesitar *dos horas* para ponerse presentable?

Él aceptó la invitación para examinarla: piernas largas y desnudas, un elegante movimiento de las caderas, cintura estrecha —lástima, demasiado delgada— y pechos generosos e incitantes que desentonaban con los nuevos ángulos agudos de su cuerpo.

En cualquier otra hembra, esos magníficos pechos podrían haber sido motivo suficiente para que él comenzara a cortejarla al momento de conocerla. Pero desde el instante en que conoció a Nesta, el fuego frío de sus ojos había sido una tentación de otro tipo.

Pero dado que ahora era alta fae, con todo el dominio y agresión —y una actitud despreciable— que eso conllevaba, Cassian la evitaba tanto como le era posible. Especialmente después de lo ocurrido durante la guerra contra Hybern, y después. Ella había dejado muy en claro cuáles eran sus sentimientos hacia él.

Cassian finalmente opinó:

—Parece que te vendrían bien unas cuantas buenas comidas, un baño y alguna ropa de verdad.

Nesta miró hacia un costado y se tomó el borde de la camisa.

—Echa a ese pobre desgraciado —añadió Cassian—, date un baño y te traeré un poco de té.

Ella levantó levemente las cejas. Él le dirigió una sonrisa torcida.

—¿Crees que no puedo oír a ese macho en tu dormitorio que trata de vestirse en silencio y escabullirse por la ventana?

Como si se tratara de una respuesta, un ruido sordo llegó desde el dormitorio. Nesta siseó.

—Volveré en una hora para ver cómo van las cosas. —Con la intención punzante que puso detrás de sus palabras, sus soldados hubieran sabido que no debían presionarlo... Ellos recordaban que él necesitaba siete Sifones para mantener su magia bajo control por una buena razón. Pero Nesta no volaba en sus legiones, no luchaba bajo su mando

y, ciertamente, no parecía recordar que él tenía más de quinientos años y...

—No te molestes. Estaré allí a tiempo.

Cassian empujó la puerta y movió levemente las alas mientras retrocedía unos pasos.

—Eso no es lo que me pidieron que hiciera. Voy a llevarte puerta a puerta.

El rostro de ella se tensó.

—Ve a posarte en una chimenea.

Esbozó una reverencia, sin atreverse a apartar los ojos de ella. Ella había emergido del Caldero con... dones. Dones considerables, oscuros. Pero nadie había visto ni sentido ninguna señal de ellos desde la última batalla con Hybern, desde que Amren había destrozado el Caldero, y Feyre y Rhys habían logrado restaurarlo. Elain tampoco había mostrado indicación alguna de sus facultades de vidente desde entonces.

Pero si Nesta conservaba su poder y aún era capaz de influir en los campos de batalla... Cassian sabía muy bien que lo mejor era no hacerse vulnerable ante otro depredador.

—¿Quieres el té con leche o con limón?

Ella le cerró la puerta en la cara. Luego trabajó cada una de las cuatro cerraduras.

Silbando para sí mismo mientras caminaba por el pasillo oscuro, Cassian se preguntaba si aquel pobre bastardo en el departamento habría huido por la ventana, sobre todo para escapar de *ella*.

Fue a buscar algo para comer. Ese día necesitaba alimentarse. Sobre todo, debía estar listo para cuando Nesta se enterara, justamente, de por qué su hermana la había convocado.

* * *

Nesta Archeron no sabía el nombre del macho que estaba en su departamento. Buscó en su memoria empapada de vino mientras regresaba al dormitorio, esquivando pilas de libros y montones de ropa. Recordaba

las ardientes miradas en la taberna, el húmedo y cálido encuentro de sus bocas, el sudor que la cubrió mientras lo montaba hasta que el placer y la bebida la enviaron a una bendita inconsciencia, pero no podía recordar su nombre.

El macho ya estaba asomado por la ventana —Cassian, sin duda, esperaba abajo, en la calle, para presenciar su espectacularmente patética salida— cuando Nesta entró al dormitorio estrecho y oscuro. La cama con postes de bronce estaba deshecha, las sábanas medio desparramadas sobre el suelo de tablas desparejas que crujía a cada paso, y la ventana abierta golpeaba contra la pared colgada de los goznes flojos. El macho se volvió hacia ella.

Era bien parecido, en la manera en que la mayoría de los machos altos fae lo eran. Un poco más delgado de lo que a ella le gustaba... prácticamente un chico, en comparación con la imponente masa de músculos que se había erguido a la puerta de sus aposentos hacía unos minutos. Él hizo una mueca cuando Nesta entró, su expresión se tornó acongojada cuando vio lo que ella llevaba puesto.

—Yo... Esa es...

Nesta se quitó la camisa, que dejó tras de sí nada más que piel desnuda. Los ojos de él se abrieron muy grandes, pero el olor de su pánico seguía allí, no por miedo a ella, sino al macho al que había oído hablar en la puerta principal. Miedo al recordar quién era la hermana de ella. Quién era la pareja de su hermana. Quiénes eran los amigos de su hermana. Como si todo eso significara algo.

¿A qué olería su pavor si él llegaba a enterarse de que ella lo había usado, que había dormido con él para frenarse a sí misma, para detener la inquieta oscuridad que hervía dentro de ella desde el momento en que emergió del Caldero? Sexo, música y bebida... todo eso ayudaba. Lo sabía porque lo había aprendido ese último año. Era una ayuda, pero no del todo. Sin embargo, evitaba que el poder se desbordara. Aun cuando todavía podía sentir que fluía a través de su sangre, que se envolvía alrededor de sus huesos.

Le arrojó la blanca camisa.

—Ya puedes usar la puerta principal.

Él se puso la camisa por la cabeza.

—Yo... él todavía está...

Su mirada seguía fija en sus pechos, erguidos contra la fría mañana, en su piel desnuda. El ápice de sus muslos.

—Adiós.

Nesta entró en el baño oxidado y con goteras junto a su dormitorio. Al menos, el lugar tenía agua corriente caliente.

A veces.

Feyre y Elain habían intentado convencerla de que se mudara. Nesta siempre había ignorado sus consejos. Del mismo modo que iba a ignorar lo que se le dijera ese día. Sabía que Feyre planeaba un regaño. Quizá tenía algo que ver con el hecho de que Nesta hubiera cargado la escandalosa cuenta de la taberna la noche anterior a la cuenta bancaria de su hermana.

Nesta resopló y abrió la canilla en la bañera. El metal estaba helado al tacto y crujió cuando el agua salió en chorros irregulares, que luego cayeron en la bañera agrietada y manchada.

Esta era su residencia. Sin sirvientes, sin ojos que controlaran y juzgaran cada movimiento, sin ninguna compañía, a menos que ella la trajera a la casa. O a menos que guerreros fanfarrones y entrometidos decidieran hacerle una visita.

El agua tardó unos cinco minutos en calentarse lo suficiente como para comenzar a llenar la bañera. Hubo algunos días durante el último año en los que ella ni siquiera se había molestado en esperar ese tiempo. Algunos días en los que ella se había metido en el agua helada sin sentir ese frío, sino que sentía el de las oscuras profundidades del Caldero cuando la había devorado por completo. Mientras le arrancaba su humanidad, su mortalidad, y la convertía en *esto*.

Le había costado meses luchar contra eso... El pánico que le tensaba el cuerpo y hacía que sus huesos temblaran al sumergirse. Pero ella se había obligado a sí misma a enfrentarlo. Había aprendido a sentarse en el agua helada, con náuseas y temblando, con los dientes apretados; negándose a

moverse hasta que su cuerpo reconociera que estaba en una bañera y no en el Caldero, que estaba en su departamento y no en el castillo de piedra al otro lado del mar, que ella estaba viva, inmortal, aunque su padre ya no lo estuviera.

No, su padre era cenizas en el viento, su existencia marcada solo por una lápida en una colina en las afueras de esta ciudad. Al menos eso era lo que le habían dicho sus hermanas.

«Te quise desde el primer momento en que te tuve en mis brazos», le había dicho su padre en aquellos últimos momentos juntos. «No pongas tus manos sobre mi hija». Esas habían sido sus últimas palabras, espetadas al rey de Hybern. Su padre había malgastado esas últimas palabras dirigidas a ese gusano.

Su padre. El hombre que nunca había luchado por sus hijas, nunca, hasta el final. Cuando había venido a salvarlas, a salvar a los humanos y a los fae, sí, pero sobre todo, a sus hijas. A ella.

Un enorme y estúpido desperdicio.

Un impío y oscuro poder la había dominado, pero no había sido suficiente para evitar que el rey de Hybern le rompiera el cuello.

Nesta odiaba a su padre, lo odiaba profundamente y, sin embargo, él la amaba a ella, por alguna razón inexplicable. No las había querido lo suficiente como para tratar de evitarles la pobreza o evitar que murieran de hambre. Pero de alguna manera había sido bastante para que él levantara un ejército en el continente. Para que navegara en un barco que llevaba el nombre de ella y conducirlo a la batalla.

Todavía odiaba a su padre en esos últimos momentos. Y luego el cuello de él se quebró, y sus ojos no estaban llenos de miedo mientras moría, sino llenos de ese tonto amor por ella.

Eso fue lo que quedó: la mirada en sus ojos. El resentimiento en el corazón de Nesta, mientras su padre moría por ella. Se había apoderado de ella, dominándola como el poder que ella había metido profundamente dentro de sí, corriendo desenfrenado en su cabeza hasta que no hubo baño helado que pudiera adormecerlo.

Ella podría haberlo salvado.

Era culpa del rey de Hybern. Ella lo sabía. Pero también era culpa de ella. Del mismo modo que era culpa suya que Elain hubiera sido capturada por el Caldero después de que Nesta lo había espiado, lo había perseguido con su capacidad para presentirlo, era su culpa que Hybern hubiera hecho cosas tan terribles para cazarlas a ella y a su hermana como se caza un ciervo.

Algunos días, el puro terror, el puro pánico trababan el cuerpo de Nesta de manera tan completa que no podía respirar de ningún modo. Nada podía impedir que el terrible poder comenzara a crecer, crecer y crecer en ella. Nada aparte de la música en aquellas tabernas, los juegos de cartas con extraños, las incontables botellas de vino y el sexo, que le hacían no sentir nada, salvo ofrecerle un momento de alivio en medio del rugido dentro de ella.

Nesta terminó de lavarse el sudor y los otros restos de la última noche. El sexo no había sido malo, había tenido mejores experiencias, pero también otras mucho peores. Ni siquiera la inmortalidad era suficiente tiempo para que algunos machos dominaran las artes del dormitorio.

De modo que se había enseñado a sí misma lo que a ella le gustaba. Había conseguido un té mensual anticonceptivo de su boticario local y, luego, había llevado a aquel primer macho a ese lugar. Él no tenía idea de que la virginidad de ella estaba intacta hasta que vio la sangre que manchaba las sábanas. Su rostro se tensó con disgusto. Luego, tuvo un destello de temor a que ella pudiera informar sobre esta primera relación insatisfactoria a su hermana. Al insufrible macho que era pareja de su hermana. Nesta no se había molestado en decirle que evitaba a ambos de todas las maneras posibles. Especialmente a él. En esos tiempos, Rhysand parecía conformarse haciendo lo mismo.

Después de la guerra con Hybern, Rhysand le ofreció a ella distintos trabajos. Diferentes cargos en su corte.

Ella no los quería. Eran ofrecimientos condescendientes, débiles intentos para conseguir que ella formara parte de la vida de Feyre, que tuviera un empleo remunerado. Pero ella nunca le había caído bien al alto lord. Sus conversaciones eran, en el mejor de los casos, fríamente civilizadas.

Nesta nunca le había dicho que las razones por las que él la odiaba eran las mismas razones por las que vivía ahí. Se bañaba con agua fría algunos días. Otros días se olvidaba de comer. No toleraba los crujidos y otros ruidos de la chimenea. Y se ahogaba en vino, música y placer cada noche. Todo lo que Rhysand condenaba en ella era verdad, y Nesta lo había sabido mucho antes de que él hubiera proyectado su propia sombra siquiera en el umbral de la casa de Nesta.

Cualquier ofrecimiento que Rhysand le hacía, lo hacía únicamente por amor a Feyre. Era mejor que ella pasara su tiempo como ella quería. Después de todo, ellos seguían pagando.

El golpe a la puerta sacudió todo el departamento.

Ella miró el recibidor, preguntándose si fingir o no que había salido, pero Cassian podría oírla, olerla. Y si derribaba la puerta, lo cual era probable que hiciera, ella tendría el dolor de cabeza de explicárselo a su tacaño casero.

De modo que Nesta se puso el vestido que había dejado en el suelo la noche anterior y abrió de nuevo las cuatro cerraduras. Las había instalado el primer día que había llegado. Cerrarlas cada noche era prácticamente un ritual. Incluso cuando el macho sin nombre estaba ahí, incluso cuando estaba perdida por el vino, ella siempre recordaba cerrarlas a todas. Como si eso mantuviera a raya a los monstruos de este mundo.

Nesta tiró de la puerta para abrirla apenas lo suficiente como para ver la sonrisa arrogante de Cassian. La dejó entreabierta mientras se alejaba furiosa a buscar sus zapatos.

Él entró detrás de ella dando pasos largos, con un jarro de té en la mano, jarro probablemente tomado en préstamo en la tienda de la esquina. O directamente obsequiado por alguien, ya que la gente tendía a adorar el suelo que pisaban sus botas embarradas. Ya lo adoraban en esta ciudad antes del conflicto de Hybern. Su heroísmo y sacrificio —las hazañas que había realizado en los campos de batalla— le granjearon aún más admiración después de terminada la guerra.

No culpaba a sus admiradores. Ella misma había experimentado el placer y el puro terror de verlo en aquellos campos de batalla. Todavía

despertaba cubierta de sudor por aquellos recuerdos: de cómo se quedaba ella sin respiración mientras lo veía luchar, rodeado de enemigos; de cómo se había sentido cuando el poder del Caldero crecía y ella supo que iba a atacar donde su ejército era más fuerte: donde estaba él.

Nesta no había podido salvar a los mil ilyrios que habían caído un momento después de que ella lo hubiera llamado y hecho venir a un lugar seguro. Intentaba alejarse de ese recuerdo, también.

Cassian inspeccionó su departamento y dejó escapar un silbido bajo: —¿Nunca pensaste en contratar a alguien para limpiar?

Nesta recorrió la pequeña sala de estar con la mirada: un hundido sofá carmesí, un hogar de ladrillos manchado de hollín, un sillón floreado comido por las polillas, luego la pequeña cocina antigua, llena de platos sucios apilados en montones inclinados. ¿Dónde había tirado los zapatos la noche anterior? Dirigió la búsqueda a su dormitorio.

—Un poco de aire fresco sería un buen comienzo —agregó Cassian desde la otra habitación. La ventana crujió cuando la abrió.

Ella encontró sus zapatos marrones en rincones opuestos del dormitorio. Uno apestaba a vino derramado.

Nesta se sentó en el borde del colchón para ponérselos tirando de los cordones. No se molestó en levantar la vista cuando los pasos tranquilos de Cassian se acercaron para detenerse en el umbral.

Olfateó una vez. Ruidosamente.

—Esperaba que al menos cambiaras las sábanas entre un visitante y otro, pero aparentemente eso no te molesta.

Nesta ató los cordones del primer zapato.

—¿Y eso a ti qué te importa?

Él se encogió de hombros, aunque la tensión en su rostro no reflejaba tanta indiferencia.

—Si yo puedo oler unos cuantos machos diferentes aquí, seguramente tus compañeros también.

—Eso no los detuvo hasta ahora. —Se ató el otro zapato, mientras los ojos castaños de Cassian seguían el movimiento.

—Tu té se está enfriando. —Los dientes de él brillaban.

Nesta lo ignoró y volvió a registrar el dormitorio. Su abrigo...

—Tu abrigo está en el suelo junto a la puerta de entrada —le informó Cassian—. Y va a estar fresco afuera, así que trae una bufanda.

Ella también ignoró eso, y pasó junto a él, con cuidado de no tocarlo, y encontró su abrigo azul oscuro exactamente donde Cassian había dicho que estaba. Abrió la puerta principal y le indicó que saliera primero.

Cassian le sostuvo la mirada al acercarse a ella y luego estiró el brazo... Y sacó del gancho de la pared la bufanda de color cerúleo y crema que Elain le había regalado a Nesta esa primavera para su cumpleaños. La tomó con el puño, balanceándola como una serpiente estrangulada mientras pasaba junto a ella.

Nesta se dio cuenta de que algo lo estaba consumiendo. Por lo general, Cassian aguantaba un poco más antes de ceder a su mal humor. Quizá tenía que ver con lo que fuera que Feyre quería decir en la casa.

A Nesta se le revolvió el estómago mientras trababa cada cerradura. No era estúpida. Sabía que había malestar desde que la guerra terminó, tanto en estas tierras como en el continente. Sabía que, sin la barrera del muro, algunos territorios fae estarían yendo hasta el límite para ver si podían salirse con la suya en términos de reclamos fronterizos y de cómo trataban a los humanos. Y ella sabía que esas cuatro reinas humanas todavía estaban instaladas en su palacio compartido, con sus ejércitos sin emplear e intactos.

Eran monstruos, todas ellas. Habían matado a la reina de cabello dorado que las había traicionado y habían vendido a otra, Vassa, a un lord hechicero. Parecía justo que el Caldero hubiera transformado en vieja bruja a la más joven de las cuatro reinas restantes. Fue Hecha como una longeva fae, sí, pero la había envejecido hasta convertirla en una envoltura marchita, como castigo por el poder que Nesta había tomado del Caldero. Por cómo se lo había arrancado mientras el Caldero hacía que su cuerpo mortal tomara la forma de algo nuevo.

Esa reina marchita la culpaba a ella. Había querido matarla, si los cuervos de Hybern habían dicho la verdad antes de que Bryaxis y Rhy-sand los destruyeran por infiltrarse en la biblioteca de la Casa del Viento.

No se había escuchado ni un susurro de esa reina en los catorce meses desde la guerra. Pero si había surgido alguna nueva amenaza...

Las cuatro cerraduras parecieron reírse de ella antes de que Nesta saliera del edificio, siguiendo a Cassian, rumbo a la bulliciosa ciudad al otro lado.

* * *

La «casa» frente al río era en realidad una mansión, tan nueva, pulcra y hermosa que hizo que Nesta recordara que sus zapatos estaban sucios de vino rancio precisamente en el instante en que atravesó el altísimo arco de mármol e ingresó al brillante vestíbulo, decorado con gusto exquisito en tonos marfil y arena.

Una imponente escalera dividía en dos el enorme espacio, una araña de vidrio soplado a mano —hecha por artesanos de Velaris— colgaba del techo tallado sobre ella. Las luces fae en cada orbe en forma de nido arrojaba deslumbrantes reflejos sobre los pisos de pálida madera pulida, interrumpidos solo por helechos en macetas, muebles de madera, también hechos en Velaris, y un extravagante despliegue de obras de arte. Ella no se molestó en comentar nada de todo aquello. Mullidas alfombras azules interrumpían los prístinos solados, un largo camino cubría los pasillos cavernosos a ambos lados, y uno corría por debajo del arco de las escaleras directamente hacia una pared de ventanas al otro lado, que daban a una pendiente de césped y a un reluciente río a sus pies.

Cassian se dirigió a la izquierda, hacia las salas formales para reuniones de negocios, según le había informado Feyre a Nesta durante aquella primera y única visita hacía dos meses. En aquella ocasión, Nesta estaba medio borracha y odió cada segundo de la visita, odió cada una de las perfectas salas.

La mayoría de los machos les compraban joyas a sus esposas y parejas como exagerados presentes del Solsticio de Invierno.

Rhys le había comprado a Feyre un palacio. No... él había comprado un terreno diezmado por la guerra y, luego, le dio a su pareja rienda suelta para diseñar la residencia de sus sueños.

Y de alguna manera, pensó Nesta mientras seguía en silencio a un Cassian extrañamente callado por el pasillo hacia uno de los estudios cuyas puertas estaban entreabiertas, Feyre y Rhys se las habían arreglado para hacer que el lugar pareciera confortable y acogedor. Un edificio gigante, pero de todos modos un hogar. Incluso los muebles formales parecían diseñados para que los invitados se sintieran cómodos y relajados, para largas conversaciones con abundante comida. Cada pintura había sido elegida por la propia Feyre, o pintada por ella, muchas de las cuales eran retratos y pinturas de ellos, de sus amigos, de su... nueva familia.

No había ninguna imagen de Nesta, por supuesto.

Hasta su padre, maldito por los dioses, tenía un retrato en la pared a un lado de la gran escalera: él y Elain, sonrientes y felices, como lo habían sido antes de que el mundo se fuera a la mierda. Estaban sentados en un banco de piedra entre macizos rebosantes de hortensias rosadas y azules. Los jardines formales de su primer hogar, aquella hermosa mansión cerca del mar. Por ninguna parte se veía a Nesta ni a su madre.

Después de todo, así habían sido la cosas: Elain y Feyre malcriadas por su padre; Nesta apreciada y educada por su madre.

Durante aquella primera visita, Nesta notó la ausencia de ella misma. La ausencia de su madre. No dijo nada, por supuesto, pero era una falta notoria.

Aquello fue suficiente para que apretara los dientes, para hacerla agarrar la invisible correa interna que mantenía a raya el horrible poder dentro de Nesta y tirar con fuerza de ella, mientras Cassian entraba al estudio y le decía a quienquiera que los esperase:

—Ella está aquí.

Nesta respiró hondo y se preparó. Feyre, simplemente, se rio entre dientes.

—Cinco minutos antes de lo previsto. Estoy impresionada.

—Parece un buen augurio para el juego. Deberíamos ir a casa de Rita —decía Cassian justo cuando Nesta entró en la habitación recubierta con paneles de madera.

El estudio daba a un exuberante jardín interior. El espacio era cálido y lujoso, y ella hasta podría haber admitido que le gustaban las

estanterías de libros hasta el techo, los muebles de terciopelo color zafiro ante el hogar de mármol negro, si no hubiera visto quién estaba sentada en el lugar.

Feyre estaba sentada en el brazo redondo del sofá, vestida con un pesado suéter blanco y calzas oscuras.

Rhys, vestido como siempre de negro, estaba apoyado contra la repisa de la chimenea con los brazos cruzados. Ese día no mostraba las alas.

Y Amren, vestida con su gris preferido, estaba sentada con las piernas cruzadas en el sillón de cuero junto a la chimenea encendida, y sus inexpresivos ojos plateados miraban a Nesta con disgusto.

Mucho había cambiado entre ella y esa hembra. Nesta se había encargado de esa... destrucción. No se permitía pensar en aquella discusión en la fiesta del final del verano en la barcaza. O en el silencio entre ella y Amren desde entonces.

Se habían acabado las visitas al departamento de Amren; no había más charlas sobre rompecabezas y acertijos. Ciertamente, no había más lecciones de magia. Se había asegurado también de esto último.

Feyre, al menos, le sonrió.

—Me enteré de que pasaste una buena noche.

Nesta recorrió con la mirada todo el lugar, desde el sillón que Cassian había ocupado frente a Amren, pasando por el lugar vacío en el sofá junto a Feyre, hasta donde estaba Rhys junto a la chimenea. Mantuvo la espalda erguida, el mentón en alto, odiando que todos la miraran mientras optaba por sentarse en el sofá junto a su hermana. Odiaba que Rhys y Amren notaran sus zapatos sucios y, probablemente, todavía tenía en ella el olor de aquel macho a pesar del baño.

—Tienes un aspecto atroz —observó Amren.

Nesta no era tan estúpida como para mirar directamente a esa... fuera lo que fuese Amren. Ella era una alta fae ahora, sí, pero alguna vez había sido algo diferente. No era de este mundo. Su lengua seguía siendo suficientemente afilada como para herir.

Al igual que Nesta, Amren no poseía ninguna magia específica de la corte de los altos fae. Pero eso no hacía que su influencia en esa corte fuera

menos poderosa. Los poderes de los altos fae propios de Nesta nunca se habían materializado; ella solo tenía lo que había tomado del Caldero, en vez de dejar que este se dignara a otorgarle poderes, como había hecho con Elain. No tenía idea de lo que le había arrancado al Caldero mientras este le robaba su humanidad, pero Nesta sabía que eran cosas que ella no entendía y nunca desearía entender, ni dominar. La sola idea le revolvió el estómago.

—Aunque apuesto a que es difícil lucir bien —continuó Amren— cuando estás fuera hasta las horas más oscuras de la noche, bebiendo hasta volverte estúpida y teniendo sexo con el primero que encuentras.

Feyre giró la cabeza con la rapidez de un látigo hacia la segunda del alto lord. Rhys se mostraba inclinado a estar de acuerdo con Amren. Cassian mantuvo la boca cerrada. Nesta habló con suavidad:

—No sabía que mis actividades estaban bajo tu jurisdicción.

Cassian soltó un murmullo que sonó como una advertencia. A cuál de ellos se dirigió, ella no lo sabía. Ni le importaba.

Los ojos de Amren brillaron, un remanente del poder que una vez había ardido dentro de ella. Eso era todo lo que le quedaba. Nesta sabía que su propio poder podía brillar también de esa manera, pero mientras que el de Amren se había revelado como luz y calor, Nesta sabía que su llama plateada provenía de un lugar más frío y oscuro. Un lugar que era viejo... y a la vez completamente nuevo.

—Lo están —la desafió Amren— cuando gastas tanto de nuestro oro en vino.

Quizá se había excedido demasiado con la cuenta de la noche anterior. Nesta miró a Feyre, quien hizo una mueca.

—¿Así que realmente me hiciste venir hasta aquí para reprenderme?

Los ojos de Feyre —imágenes como de espejo de los suyos— se suavizaron un poco.

—No, no te estoy reprendiendo. —Le dirigió una dura mirada a Rhys, todavía en silencio, gélido contra la repisa de la chimenea, y luego otra a Amren, que hervía en su asiento—. Piensa que se trata de un intercambio de opiniones.

Nesta se puso de pie de un salto.

—Mi vida no es de tu incumbencia, ni es tema de *intercambio de opiniones*.

—*Siéntate* —gruñó Rhys.

Esa voz era una cruda orden, una voz de dominio y poder absoluto...

Nesta se quedó helada, luchando contra eso, odiando esa parte fae de ella que se inclinaba ante esas cosas. Cassian se inclinó hacia adelante en su sillón, como si fuera a saltar entre ellos. Ella podría haber jurado que algo parecido al dolor se había marcado en la cara de él.

Nesta le sostuvo la mirada a Rhysand. La mantuvo lo más desafiante que pudo, aun cuando la orden de él hizo que sus rodillas *quisieran* doblarse, sentarse.

—Te vas a quedar —dijo Rhys—. Y vas a escuchar.

Ella soltó una risa por lo bajo.

—No eres mi alto lord. Tú no me das órdenes a mí. —Pero ella sabía lo poderoso que era él. Lo había visto, lo había sentido. Todavía temblaba cuando estaba cerca de él.

Rhys olió ese miedo. Un lado de la boca se le curvó en una cruel sonrisa.

—¿Quieres que nos enfrentemos, Nesta Archeron? —preguntó él, casi ronroneando. El alto lord de la Corte Noche señaló el césped en pendiente al otro lado de las ventanas—. Tenemos mucho espacio para una pelea.

Nesta enseñó los dientes, rugiéndole en silencio a su cuerpo para que le obedeciera a ella. Prefería morir antes que inclinarse ante él. Ante cualquiera de ellos.

La sonrisa de Rhys se amplió, muy consciente de ese hecho.

—Ya es suficiente —le espetó Feyre a Rhys—. Te dije que te mantuvieras fuera de este asunto.

Él dirigió sus ojos salpicados de estrellas a su pareja, y ya Nesta no podía hacer nada para evitar derrumbarse en el sofá cuando sus rodillas finalmente cedieron. Feyre inclinó la cabeza. Tenía las fosas nasales dilatadas cuando le habló a Rhysand:

—Puedes irte, o puedes quedarte y mantener la boca cerrada.

Rhys volvió a cruzarse de brazos y no dijo nada.

—Tú también —le espetó Feyre a Amren. La hembra carraspeó y se acurrucó en su sillón.

Nesta no se molestó en mostrarse agradable cuando Feyre giró sobre sí para quedar cara a cara frente a ella y se sentó de manera apropiada en el sofá. Los cojines de terciopelo suspiraron debajo de ella. Su hermana tragó saliva.

—Tenemos que hacer algunos cambios, Nesta —comenzó Feyre con voz ronca—. Tú los haces... y *nosotras* los hacemos.

¿Dónde diablos estaba Elain?

—Yo asumiré la culpa —continuó Feyre— por permitir que las cosas llegaran tan lejos y tan mal. Después de la guerra contra Hybern, con todo lo demás que estaba ocurriendo, eso... tú... yo debería haber estado ahí para ayudarte, pero no estuve, y estoy dispuesta a admitir que es parcialmente culpa mía.

—¿*Qué* cosa es tu culpa? —susurró Nesta, hablando entre dientes.

—Tú —intervino Cassian—. Tu comportamiento estúpido.

Él ya había dicho eso en el Solsticio de Invierno. Y tal como había ocurrido entonces, la espalda de ella se irguió ante el insulto, ante esa arrogancia...

—Mira —continuó Cassian, levantando las manos—, no es una falla moral, pero...

—Entiendo cómo te sientes —interrumpió Feyre.

—No sabes *nada* de cómo me siento.

Feyre siguió adelante.

—Es hora de algunos cambios. A partir de este momento.

—Mantén tus estupideces bienhechoras y santurronas fuera de mi vida.

—No tienes una vida —replicó Feyre—. Y no me voy a quedar sentada un momento más para ver cómo te destruyes a ti misma. —Se puso una mano tatuada en el corazón, mostrando que realmente le importaba—. Después de la guerra, decidí darte tiempo, pero parece que eso no era lo correcto. Estaba equivocada.

—¿Cómo? No puede ser. —Las palabras fueron una daga lanzada entre ellas.

Rhys se tensó ante la burla, pero siguió sin decir nada.

—Eso se terminó —dijo en un suspiro Feyre, con voz temblorosa—. Ese comportamiento, ese departamento, todo... ya se terminó, Nesta.

—¿Y dónde —replicó Nesta, con un tono afortunadamente helado— se supone que voy a ir?

Feyre miró a Cassian. Por única vez, Cassian no estaba sonriendo.

—Vienes conmigo —respondió él—. A entrenar.